

ROSAS  
GALLARDO  
MORENO Y OVIEDO

HOJAS DE ROSA  
CANTOS A MEXICO

DESPUES  
DEL NAUFRAGIO

PQ7297  
.R77  
H6  
1891

R. C.



1080013908

HOJAS DE ROSA.



*José Rosas Moreno.*

HOJAS  
**DE ROSA**

POESÍAS

DE

**José + Rosas + Moreno.**

Segunda Edición.

MÉXICO.—1891.

**ANTIGUA IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MURGUÍA.**

Portal del Aguila de Oro Número 2



FONDO HISTÓRICO  
FONDO GOBIERNO

PQ7297

R77

H6

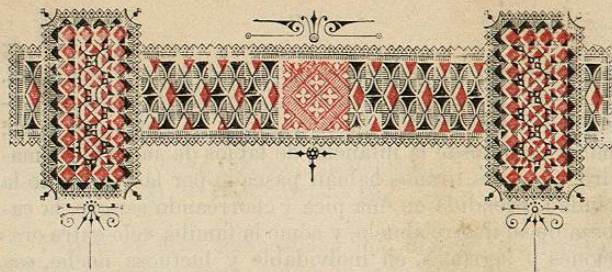
1891

La propiedad literaria de esta obra queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir *ni todo ni parte de ella*, sin el permiso correspondiente.



FONDO HISTORICO  
RICARDO GOVARRUBIAS

156133



## PRÓLOGO.



Podéis abrir sin escrúpulo alguno las hojas de este libro. No hay en sus páginas nada que ofenda el más delicado sentimiento, ni la más pudorosa ternura. Estos versos son en su mayor parte, las primeras flores nacidas en el huerto de una alma sana que supo sentir hondo, pensar alto y hablar claro; en una palabra, que fué verdadera alma de poeta!

Han corrido los años y todavía me parece que miro delante de mí al autor de estas dulces poesías.

Sus ojos negros y de miradas llenas de luz, su frente ancha y limpia, su tez color de rosa, su cabellera espesa y oscura, su barba poblada y el denso bigote cubriendo el labio superior, le daban un aspecto en que parecía mezclarse el tipo árabe más puro con el de nuestros más arrogantes donceles del trópico.

Se hizo admirar desde sus primeras composiciones, porque en ellas encontraron todos la fluidez, la dulzura, la suavidad de los versos de Garcilaso.

José Rosas, modesto por organización, tenía un vago tinte de profunda tristeza, así en su semblante como en su mirada.

Descendiente del ilustre caudillo de la Independencia, D. Pedro Moreno, compañero y segundo de Mina, defensor del fuerte del Sombrero y gloria de Lagos, su cuna; había oído desde la infancia, de labios de su virtuosa madre, cómo los tiranos habían paseado por las calles de la ciudad, prendida en una pica y chorreando sangre, la cabeza de su ilustre abuelo, y cómo la familia veló entre oraciones y lágrimas, en inolvidable y luctuosa noche, esa misma cabeza que tanto se preocupó con la salvación de la Patria.

Estos relatos verídicos y horribles, dejaron imperecedera melancolía en el alma del poeta; y mucha de esa melancolía se destiló por su pluma en las estrofas de sus primeros años.

“Yo bien sé, madre mía—dice en la dedicatoria—que mis pobres versos no tienen más mérito que el sentimiento que los ha inspirado.

“Su historia es muy sencilla:

“Veía, cuando era niño, tu semblante pálido y triste, y aprendí á llorar.

“Mi juventud ha sido una cadena no interrumpida de sufrimientos, y ansioso de consuelo, he cantado como las aves al declinar el día, la tristeza de mi vida y el desaliento de mis esperanzas.”

Después de penetrarse bien del fondo amargo de esta confesión del poeta, á nadie extrañará que diga en sus versos:

“En vano entre mil fulgores  
Viene de flores ceñida  
La estación de los amores,  
Pues no trae entre sus flores  
Ni una flor para mi vida.  
Ya nada me halaga, nada;  
Me hace sufrir cuanto existe,  
Porque tiendo la mirada  
Y todo lo encuentro triste,  
Como la dicha pasada.  
Sin amor, sin ilusión,  
Y en eterna agitación  
Camino trémulo, incierto . . .  
Mi existencia es un desierto,  
Ya no tengo corazón.

Ese viento, esa armonía,  
Esas flores que se mecen,  
Esa sonrisa del día  
Con su luz, con su alegría,  
Mi corazón entristecen.”

Palpita en esta composición una amargura intuitiva; parece el canto conmovedor de esas aves que no sólo estremecen con sus lánguidos arrullos la soledad del bosque, sino que interpretan los sentimientos de todos los que son víctimas de la suerte.

Muchos culpan á los poetas que así se plañen, sin atender que en esto estriba, cuando son verdaderos poetas, la originalidad de su numen.

Un escritor lleno de erudición y de inteligencia, D. Enrique de Olavarría y Ferrari, dice en su libro “El Arte literario en México,” que tanta aceptación tuvo en España:

“Rosas es la apacible cascada que acaricia rumorosa con los diamantes de su rocío las flores que bordan el valle que le sirve de cuenca. José Rosas pone en música celeste las palabras armoniosas de la naturaleza; es el poeta de los crepúsculos, cuya lira necesita la sombra de los bosques á la hora en que el sol evapora las nubes con sus perpendiculares rayos. Rosas es el cantor de los sueños apacibles de las aves á quienes despierta la primera luz de la aurora. Rosas es el poeta del corazón, el favorito del sentimiento, el traductor de esos pesares que no promueven el orgullo, sino que, por el contrario, arrancan á nuestros ojos llanto consolador.”

Rosas, lo mismo en sus primeros versos aquí coleccionados, como en sus apólogos, en sus admirables fábulas y en todas las obras que consagró á la juventud y á la niñez, copia á la Naturaleza, ese gran cuadro que será la eterna fuente de las más poderosas creaciones humanas.

En la antigüedad, el poeta recurría á las ficciones mitológicas; todo el cosmos estaba poblado de divinidades de primero y segundo orden. El Olimpo estaba animado por los descendientes de los Jefes de la Generación; augustas parejas clasificadas así: la primera, *Erebo y Noche*; la segunda, *Cielo y Tierra*; la tercera, *Saturno y Rhea*; la cuarta, *Jove y Juno*; la quinta, *Sol y Luna*, y la sexta, *Pan y Panisco*.

De estas generaciones que bajan por orden la una de la otra, surgieron las divinidades que cuidaban de los destinos humanos: los *Genios*, los *Hados*, las *Parcas*, las *Furias* y los *Manes*. El *Cielo* era hijo del *Eter* y de la *Luz*; la *Tierra* de *Erebo* y de la *Noche*; los *Genios* custodiaban la vida; los *Hados* daban la fortuna ó la desgracia, y hacían al hombre irresponsable de sus actos; las *Parcas*, esas tres hermanas de la *Tierra*, eran árbitras y dueñas de la vida; *Cloto* sacaba el hilo de la rueca, es decir, daba la vida á los que nacían; *Laquesis* lo recogía en el huso, es decir, conservaba la vida, y *Atropos* cortaba el hilo y dejaba caer en tierra el hilado; símbolo de la muerte y de la sepultura.—Las *Furias*, hijas de la negra noche, eran tres hermanas, *Tisífone*, *Alecto* y *Mequera*, que con el remordimiento y la desesperación castigaban á los malvados.

En el cielo se llamaban *Diras* ó *Iras de Dios*; en la tierra *Furias* ó *Furibundas*, y en el infierno las decían las *Malévolas* ó las *Euménides*. Los *Manes* habitaban los sepulcros y velaban las cenizas.

Con esta teogonía, los poetas y los pintores antiguos, así como los escultores, modelaron las creaciones del ingenio. Pero al correr de los siglos, con la luz de la ciencia, la poesía encontró nuevos horizontes; el realismo tuvo sus intérpretes; cayeron al polvo los antiguos mitos, y se aplaudió como el más digno del lauro de los inmortales al que no sacrificó la verdad ni la razón en los himnos de su lira.

Rosas, cuyas fábulas llaman justamente la atención del mundo civilizado, sacude la influencia mitológica, no dejándola del todo, porque en el mundo de la ficción es necesario consentir en aceptarla por bella y oportuna, y se presenta haciendo hablar á los brutos, á las piedras, á las flores, á los astros, al agua y á la luz.

Rosas, en concepto del erudito Pimentel, pertenece á los moralistas virtuosos, y su libro—según expresión del mismo eminente literato—respira por todas partes honradez y bondad.

Mi sabio maestro D. Ignacio Manuel Altamirano, al escribir con áurea pluma un prólogo para las fábulas de Rosas, dice que son estas “las más notables que ha producido México,” que “todas son lindas y cada una en su género es una pequeña obra maestra.”

Así como los primeros albores de una mañana, anuncian la serenidad y la limpieza del día; así estos albores del Genio, estas composiciones tiernas y dulces, coleccionadas en este libro, revelaron desde su primera aparición, al gran poeta, al cantor eminente, que se conquistó el aplauso más sincero en todos los dominios de la lengua castellana y que ganó inmarcesibles laureles en la tribuna lírica, en el teatro, con obras como *Los Parientes* y *Sor Juana Inés de la Cruz*; en la pedagogía, con sus fábulas, y en las aulas de párvulos, con todos esos libros llenos de pureza, de moral, de inspiración, de verdad y de sentimiento que constituyen para un niño y para un hombre un tesoro tan casto como rico, tan rico como bello, tan bello como útil, y tan útil como original y valioso.

En este libro hallaréis obras verdaderamente magistrales, como el cuadro del amor conyugal pintado en el siguiente soneto:

Del sol á los postreros resplandores,  
Desalentado, y triste, y sin ventura  
Cruza Adán por el árida llanura,  
Devorando en silencio sus dolores.

Al pasar los alegres ruisseños,  
Se acuerda de su Edén con amargura,  
Y piensa sin cesar en su hermosura,  
Y en sus tranquilas fuentes y sus flores.

Eva, que mira su penar doliente,  
Le acompaña á llorar dando un gemido,  
Y amorosa le mira tristemente.

El, entonces, la estrecha conmovido,  
Estampa un beso en su serena frente  
Y hasta se olvida del Edén perdido.”

Si el soneto es el más difícil de los poemas y ha sido colocado entre las poesías *nobles* por su elevación y ejecución difícil, Rosas es un vencedor en tan difícil prueba, pues tiene sonetos que son, como los de Joaquín Lorenzo Luaces, el cubano inmortal, cuadros admirables, de los cuales puede un buen pintor sacar lienzos que eternicen su fama.

Todas sus estrofas rebosan una sencillez que encanta; no imitaba al original y admirable Becquer, no seguía tam-



poco esa escuela filosófico-científica que nunca siguieron los griegos; en amor, en patriotismo, no arranca de su laúd arpeggios que aturden; siempre es sencillo, siempre es natural, siempre es fácil, y por esto conmueve á todas las almas, porque la sencillez unida á la belleza y á la verdad es el ideal supremo del arte. Era espontáneo, era sincero; en su poesía "El Valle de mi Infancia," dejó hablar á su corazón, y son palpitations los versos; hay suspiros, arrullos, lamentaciones que al leerlas, cualquiera dice: "Yo habría hecho lo mismo;" ¡mentira! la difícil facilidad de que habla Moratín, sólo está concedida al Genio.

De su brillante pluma no sólo brotaron las *Hojas de Rosa*, y las *Fábulas*; el *Nuevo libro segundo*, *La Ciencia de la dicha*, el *Libro de Oro de las Niñas*, la *Ortología*, el *Manual de Urbanidad*, *Un viajero de diez años*, *Excursiones por el cielo y por la tierra*, *Recreaciones infantiles*, *Nuevo Amigo de los Niños*, *Compendio de la Historia de México*, *Libro de la Infancia* y el *Libro para mis hijos*, acreditan su laboriosidad y son testimonios de que jamás su inspiración se debilitaba con las amarguras que no escasearon en su vida.

Ignoro si se han impreso sus obras dramáticas, de las cuales recordamos *Flores y Espinas*, *Una mentira inocente*, *Nadie se muere de amor*, *El pan de cada día*, *Un proyecto de divorcio*, *La mujer de César*, *Sor Juana Inés de la Cruz*, *Al rededor de la cuna*, y *El Bardo de Acolhuacán*, que le valieron grandes triunfos.

Recuerdo todavía las horas de deliciosa satisfacción que pasé á su lado, oyendo de sus labios todas estas brillantes creaciones de su talento.

Idólatra de la santa mujer en cuyo seno halló la vida, supo expresarle en sentidos conceptos la intensidad del culto con que la veneraba. ¡Con razón dice nuestro poeta!

"Nadie á una madre es igual;  
Solo en su amor inmortal  
Toda la dicha se encierra,  
Que no hay amor en la tierra  
Como el amor maternal."

Abrid sin temor este libro, leed *La Primavera*, *Adán y Eva*, *La Juventud*, *No me olvidéis*, *Amor ideal*... pero...

leed todo. ¡No son *Hojas de rosa*, son hojas de laurel inmortal, son ecos de una alma superior, grande y sensible!

Rosas, hijo amantísimo, esposo modelo, padre ejemplar, bajó al sepulcro cuando estaba como dice el Dante: "en medio del camino de la vida," y su muerte llenó de luto las letras nacionales.

Lo traté y lo quise como á un hermano, y él me distinguió notablemente. Antes de separarnos, pues él iba á Guanajuato, me pidió un prólogo para un libro que no sé si llegó á ver la luz, porque en aquellos días salí para Europa. Después, supe su muerte, le lloré con el alma y le lloro todavía. No soy yo quien puede hacer un juicio imparcial de sus obras; no tengo tamaños para juzgarlo; pero si me sobran fuerzas para cargar una inmensa corona de siemprevivas, ponerla en su sepulcro y decir á mis compatriotas:

"Honremos al más dulce, al más sano, al más tierno de nuestros poetas."

JUAN DE DIOS PEZA.